

LECCION XLIV.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,
POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Ordenes menores. — Porteros; sus funciones. Ceremonias y preces que acompañan á su ordenacion. — Lectores; sus funciones. Preces y ceremonias de su ordenacion. — Exorcistas; sus funciones. Preces y ceremonias de su ordenacion. — Acólitos; sus funciones. Preces y ceremonias de su ordenacion. — Órdenes mayores. — Subdiaconado; funciones de los subdiáconos. Preces y ceremonias de su ordenacion. — Diaconado; funciones de los diáconos. Preces y ceremonias de su ordenacion. — Sacerdocio; funciones y poder de los sacerdotes. Ceremonias y preces de su ordenacion. — Beneficio social del sacramento del Orden.

La leccion precedente nos ha dado á conocer la relacion de los órdenes entre sí y con referencia á la augusta Eucaristía; ahora conviene analicemos cada uno de ellos en particular. El primero de los menores, que se recibe despues de la ceremonia de la tonsura, es el de *Portero* ú ostiario. Así como son nobles todos los empleos en el palacio de los reyes, todos los ministerios son sagrados en la casa de Dios, y por esto la Iglesia consagra á todos aquellos que han de desempeñarlos, entre los cuales el portero era indispensable en los primeros siglos cuando vivian gentiles mezclados con los cristianos. El portero tenia encargo de impedir á los paganos la entrada en la iglesia, y el que perturbasen á los fieles y profanasen los misterios sagrados, cuidando además de señalar á cada cual su puesto, el pueblo separado del clero, y los hombres de las mujeres, haciendo guardar silencio y compostura; cuidaban tambien de avisar las horas de la oracion, custodiar el templo con fidelidad, tenerlo compuesto y aseado, atender á la conservacion de todos sus objetos, y abrir y cerrar sus puertas á las horas establecidas, lo mismo que las de la sacristía, y por fin, poner los libros delante del oficiante. Reuniendo tantas funciones ya se ve que no les faltaria que hacer; por esto se procuraba conferir semejante orden á personas de alguna edad ¹.

Estas varias tareas se enumeran en las preces y ceremonias de la

¹ Fleury, *Institucion del derecho canónico*, parte I, c. 6 y 7.

ordenacion de los porteros. Explicadas por el obispo, el arcediano conduce á los ordenandos á la puerta del templo, se la hace abrir y cerrar, pone en su mano la cuerda de las campanas para que las tañan, y hecho vuelve á acompañarles al pié del altar. Estas cosas, en apariencia ridículas para el que no penetra su origen y sentido, son sumamente respetables para el cristiano instruido y piadoso, por cuanto le recuerdan así la santidad de la casa del Señor, como la terrible majestad del augusto sacrificio, la gloriosa antigüedad de la Iglesia, y aquellos envidiables dias de inocencia y fe que serán eterno objeto de nuestra admiracion. Termina el obispo la ordenacion de los porteros pidiendo á Dios que los bendiga y les haga la gracia de cumplir santamente sus obligaciones, admitiéndolos algun dia en la gloria entre sus escogidos.

El orden de *Lector* es un grado mas alto que el de portero, porque se aproxima á la Eucaristía. Los lectores, regularmente mas jóvenes que los porteros, servian de secretarios á los obispos y sacerdotes, y se instruian leyendo ó escribiendo bajo su dictado, lo que venia á ser un plantel de jóvenes estudiosos, destinados con el tiempo á formar parte del sacerdocio. Sus funciones fueron siempre necesarias, porque siempre en la Iglesia se leyeron las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, ya durante la misa, ya durante los oficios, particularmente los nocturnos, siendo además costumbre en los primeros siglos leer las epístolas de otros obispos, las actas de los Mártires, las homilías ó discursos, etc., cosa que tambien se hace en el dia, aunque este cometido lo desempeñan ahora todos los ministros que forman parte del coro; mas en aquellos tiempos no era así, y los únicos encargados eran los lectores.

Entre la nave que cobijaba á los fieles, el coro donde estaban reunidos los ministros, habia un entarimado rodeado de balaustres, capaz como para ocho personas, al que se subia mediante una escalera de cinco ó seis gradas por lado, formando una especie de tribuna que llamaban *ambon*, por mirar igualmente á los sacerdotes y al pueblo, ó tambien *púlpito* y *analogio*, en francés *jubé*, porque el lector antes de empezar imploraba la bendicion del obispo diciendo: *Jube Domine benedicere*. En muchas iglesias antiguas de Francia vense aun semejantes tribunas con el mismo nombre, las cuales así servian para leer las lecciones como para predicar ¹. Otro encar-

¹ *Espíritu de las ceremonias*, pág. 149.

go tenían los lectores bastante expuesto en las épocas de persecucion, cual era la custodia de los Libros sagrados. Segun la fórmula de su ordenacion, sacada, al igual que la de los otros órdenes inferiores, del Concilio IV de Cartago celebrado en 388, sus obligaciones eran: leer para el que predicaba, entonar las lecciones, y bendecir el pan y los frutos noales. El obispo despues de implorar para ellos la gracia de un fiel y santo desempeño, les hacia tocar el libro de las lecciones, diciendo estas palabras: «Tomad este libro, y sed los lectores de la palabra de Dios: si llenáreis fielmente vuestro empleo, tendréis parte con los que desde el principio administraron sabiamente la divina palabra.»

El tercero de los órdenes menores es el de *Exorcista*, y su ministerio se reducía á exorcizar ó lanzar los demonios. En los primeros siglos eran muy comunes los posesos, sobre todo entre los gentiles, de lo cual tenemos una prueba auténtica en los Evangelios, en las Actas de los Apóstoles y en los escritos de los santos Padres; y la Iglesia para significar su desprecio tocante al poder del demonio, imponía el encargo de lanzarlo á sus ministros inferiores. En los bautismos solemnes exorcizaban á los catecúmenos, y así á éstos como á los energúmenos, que no podían comulgar, los hacían salir de la iglesia antes de la oblacion de los dones sagrados. Hoy día el poder de exorcizar está reservado á los sacerdotes, los cuales tampoco pueden ejercerlo sin un mandato expreso del obispo; pues habiéndose hecho infinitamente mas raras las posesiones y obsesiones, desde que Jesucristo reprimió el poder del maligno espíritu, ha sido necesario para evitar supercherías proceder con mas cautela, discernimiento y autoridad, y hé aquí por qué la Iglesia, si bien conservando los usos de su antigüedad venerable, limita el poder de exorcizar á algunos sacerdotes delegados expresamente, y precisamente sujetos á un exámen detenido y minucioso ¹.

Termina el obispo las preces de la ordenacion de los exorcistas haciéndoles poner la mano sobre el Misal y diciéndoles: «Tomad y aprended este libro, con facultad de imponer las manos sobre los energúmenos, ya sean bautizados, ya catecúmenos.» Seguidamente dirige al Señor una ferviente súplica para que les proteja, y haga que desempeñen santamente sus funciones, y que á fuer de médicos intachables puedan curar á los demás despues de curarse á sí mismos.

¹ *Espíritu de las ceremonias*, pág. 153.

El cuarto de los órdenes menores es el de Acólitos, palabra que significa *seguidor ó acompañante*, y es el mas elevado de los cuatro menores. En su origen eran los acólitos unos mancebos de veinte á treinta años, de la comitiva y bajo las inmediatas órdenes del obispo, para seguirle á todas partes, cumplir sus mandatos, llevar las Eulogias y aun la Eucaristía, servir en el altar bajo la direccion de los diáconos. Trocados los tiempos, su cometido se redujo, segun el Pontifical, á llevar los ciriales, encender las velas y preparar el agua y el vino para los sacrificios. En la ceremonia de su ordenacion el obispo les advierte que brillen en la Iglesia como hijos de la luz, por el esplendor de todas las virtudes, para edificar á sus hermanos, y llevar una vida pura haciéndose dignos de presentar el agua y el vino en el altar del Señor. Despues les pone en la mano un candelero con su cirio y una vinajera vacía, diciendo: «Recibid este candelero y este cirio, y no olvidéis que en nombre del Señor estáis encargados de encender las luces en la iglesia. Recibid esta vinajera, que os servirá para presentar el agua y el vino en el sacrificio de la sangre de Jesucristo.»

Tales son los cuatro órdenes menores, y tales eran antiguamente sus funciones. No se crea por lo dicho que los Santos que gobernaban á la Iglesia en sus pristinos tiempos obrasen con nimiedad al regular con tanto cuidado su aparato exterior, y al establecer reglas particulares para atender á sus pormenores; pues ellos comprendían cuán importante es todo lo que hiera nuestros sentidos, como la vis-tosidad del local, el buen orden de las asambleas, el silencio, el canto y la pompa de las ceremonias, todo lo cual ayuda poderosamente, aun á los mas místicos, á elevar su espíritu á Dios, y es absolutamente necesario para las gentes rudas al objeto de inspirarles una idea grandiosa de la Religión y hacerles interesantes sus prácticas.

Cuando recordamos que el templo de Jerusalem era alternativa-mente servido por millares de levitas, y que todo el servicio de él se practicaba con la mayor esplendidez y majestad, no podemos dejar de ruborizarnos al ver las iglesias donde reposa el cuerpo mismo de Jesucristo tan mal servidas comparadas con aquel templo, en el cual no había mas que el arca de la alianza, advirtiendo que en el segundo ni aun ésta había ¹. Es verdad que el desórden de nuestros

¹ Fleury, *Institucion del derecho canónico*, parte I.

tiempos es un obstáculo para que los que están revestidos de los órdenes menores ejerzan sus funciones, y si la Iglesia antiguamente tenia sus clérigos, hoy día los levitas permanecen en los seminarios, preparándose allí para el sacerdocio, siendo los ministros, diáconos, subdiáconos, clérigos y hasta los simples legos los que en las parroquias desempeñan su ministerio. En vano trató el Concilio Tridentino de restablecer los antiguos usos para mayor edificación de los fieles; esto no ha podido conseguirse por ahora; mas sea lo que fuere, mientras se esperan días mejores, la Iglesia conserva los santos órdenes menores como precioso monumento de la antigua disciplina, y como una escala que granjeando santificación deben recorrer los levitas aspirantes á los órdenes sagrados ¹.

El primero de los órdenes mayores ó sagrados es el subdiaconado, ascendido á esta jerarquía desde que la Iglesia hizo extensivo á él el voto de castidad ², pues antes se contaba entre los órdenes menores, siendo los subdiáconos unos meros secretarios de los obispos, que se servían de ellos para las correrías y negociaciones eclesiásticas, con el encargo además de repartir las limosnas y administrar las temporalidades, y fuera de la iglesia desempeñar las mismas funciones que los diáconos. Á ellos regularmente la Iglesia romana cometía la administracion de los *patrimonios de san Pedro* ³ doquiera estuvieren situados, de manera que venian á ser unos delegados de los Papas para el gobierno de aquellos, y desempeñaban, insiguiendo sus órdenes, encargos eclesiásticos de cuantía, cual la correccion de abusos en las provincias donde radicaban dichos bienes, convocacion de concilios, correcciones á los mismos obispos sobre su modo de conducirse, y correspondencia con el Papa sobre el negociado del territorio de su demarcacion ⁴.

En el día, el ministerio de los subdiáconos se limita al servicio del altar, y á asistir al obispo ó al oficiante en las grandes solemnidades,

¹ *Espíritu de las ceremonias*, pág. 146.

² El mas célebre y acreditado historiador protestante de la moderna Alemania, Enrique Luden, llamado padre de la Historia alemana, no vacila en afirmar lo que sigue en el tomo VIII de su *Historia del pueblo alemán*, edic. 1833: «En todo y por todo, el celibato eclesiástico es el que nos ha valido cuanto tenemos, cuanto somos, inteligencia, cultura de espíritu, y progreso del género humano.» Véase tambien Cobbett, *Historia de la Reforma en Inglaterra*, Ab. Jager, *Del celibato eclesiástico*, *Memorias de Módena*, n. 47 y 48, 283.

³ Llamábanse así los bienes que daban á la Iglesia de Roma.

⁴ Véase *Cartas de san Gregorio*.

dades, preparando antes los ornamentos, los vasos sagrados, y el pan, vino y agua para el sacrificio. En la misa mayor cantan la Epístola, y llevan y sostienen al diácono el libro de los Evangelios, sirviendo al mismo diácono en todas sus funciones sagradas, y por esto se les llama subdiáconos; dan á besar el libro de los Evangelios al celebrante y á los fieles, presentan al diácono en el altar el cáliz y la patena, vierten en el mismo cáliz el agua, despues que el diácono ha puesto en ella el vino, sirven el *lavabo* al sacerdote, y purifican las pálias, los corporales y purificadores.

Nada mas imponente que las ceremonias de ordenacion de los subdiáconos: víctimas voluntarias presentándose á ofrecer á Dios un sacrificio heroico, pues que por él van á renunciar para siempre al mundo y á sus esperanzas, todo concurre en ellos á simbolizar la abnegacion y la especialidad de este sacrificio. Puestos en pié parecen estar prontos á emprender la marcha; un lienzo blanco llamado *amito* cubre su cabeza, cual el morrion la del guerrero; su vestido es una alba blanca, larga hasta los piés, símbolo de virtud perfecta; rodea su cintura un cordón en señal de castidad; en el brazo izquierdo traen doblada una túnica, expresion de la alegría de su alma; en una mano el manipulo, emblema del trabajo que les espera, y en otra un cirio encendido, significativa expresion de su caridad. Así armadas y dispuestas estas jóvenes víctimas, aguardan en silencio el momento de su sacrificio: á lo mejor el pontífice, representante de Jesucristo, alza la voz y dice: «Queridos hijos míos, que os presentais á recibir el subdiaconado, meditad seria y detenidamente una y muchas veces cuán pesada es la carga que deseais echaros encima: «todavía sois libres; todavía podeis volver á la vida secular; mas «una vez recibido este orden, ya no podréis jamás retroceder, «porque seréis de Dios para siempre con obligacion de servirle.— «bien que servirle es reinar,—y guardar la castidad, y estar siempre aparejados para el ministerio de la Iglesia. Es tiempo aun: «reflexionadlo... Si perseverais en vuestra resolucion, llegaos á «mí.»

Dichas estas palabras, los que tienen suficiente ánimo y fuerza para ligarse eternamente avanzan un paso,—paso inmenso, que interpone entre ellos y el mundo un espacio insuperable,—y seguidamente, en prueba de que han muerto definitivamente para el mundo y sus esperanzas, tiéndense de rostro en el suelo como dando un adios eterno á la tierra que abrazan, y á sus parientes y ami-

gos, y protestando quedar para siempre como Melquisedech, la antigua figura del sacerdote cristiano, sin padre, sin madre, y sin genealogía.

¿Quién les dará la fuerza sobrehumana que necesitan para sostener durante toda su vida ese heroico sacrificio? ¿quién? el mismo Dios que les inspira el deseo de él. Por esto el obispo y las gentes del pueblo, enternecidos, aterrados en cierto modo por la grandeza de tal empeño, caen de rodillas implorando sobre aquellos jóvenes prosternados la bendición del cielo, invocando sucesivamente á las tres Personas de la santísima Trinidad, á la poderosa siempre Virgen María, á los Angeles, á los Patriarcas, á los Profetas, á los Apóstoles, á los Mártires y Confesores y á toda la corte celestial; y seguidamente el obispo se pone en pié, y bendice y consagra todas aquellas víctimas, formando tres veces sobre ellas la señal de la cruz.

Ya no hay que volver atrás: las víctimas están inmoladas: levántanse del suelo, porque han de seguir viviendo y continuando por todos los dias de su vida la inmolacion en aquel momento incoada; el obispo conjura á los asistentes que rueguen por los nuevos ministros recién consagrados á su servicio, y desde luego señala á los subdiaconos las funciones de su orden, en uso de cuyos atributos les hace tocar el cáliz y la patena ¹.

¹ Parece que el contacto ó entrega del cáliz y de la patena constituye en la Iglesia latina toda la materia del subdiaconado; por lo menos así lo indica el decreto de Eugenio IV á los armenios: *Subdiaconatus confertur per calicis vacui cum patena vacua superposita, traditionem*. En la Iglesia griega es su materia la imposición de manos que el obispo hace sobre la cabeza del ordenando, y su forma la oración que al mismo tiempo recita, no apareciendo de sus Eucólogos, así antiguos como modernos, otra cosa á la que se pueda designar con el nombre de materia y forma. «Esto, empero, no debe ser óbice, dice el Conferenciario de Angers, t. XI, pág. 229; porque como la Iglesia es la que estableció «semejante orden, solo de ella habrá dependido el asignarle la materia y la «forma que considere mas conducentes para el ministerio á que los subdiaconos se hallan destinados, y de consiguiente está en su derecho siempre que «quiera variarlos ó añadir otros.»

Sin embargo, ¿de dónde procede esta diferencia entre el Oriente y el Occidente? El P. Chardon, benedictino, en su sabia *Historia de los Sacramentos*, lo explica de este modo, t. V, pág. 35: «Es muy probable que los orientales, «sabedores por los Apóstoles de que las ordenaciones de obispos, sacerdotes «y diaconos se hacian mediante la imposición de manos, extenderian á los «demás órdenes que la necesidad hizo despues crear lo que no ignoraban se

Despues arregla el amito sobre su cabeza, diciendo: «Recibid este amito que designa la mortificación de la cruz, en el nombre del «Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, así sea.»—Vigilancia sobre sus palabras y sobre todos sus sentidos serán en adelante el deber y la virtud del subdiacono.—Despues el pontífice les suspende el manipulo al brazo izquierdo, y les dice: «Recibid el manipulo «que representa el fruto de las buenas obras; en el nombre del Padre, etc.» seguidamente les reviste de la túnica, diciendo: «El «Señor os conceda la túnica de la felicidad y el vestido de la fe; «en el nombre del Padre, etc.» finalmente les presenta el Misal, produciéndose en estos términos: «Recibid el libro de las Epístolas, y la facultad de leerle en la iglesia tanto en beneficio vuestro como de los difuntos; en el nombre del Padre, etc.» Aquí concluye la ordenacion de los subdiaconos. ¿Hay cosa mas propia para llenar á los pueblos de un profundo respeto á la augusta Eucaristía y sus ministros, ni mas eficaz para enseñar á éstos las virtudes

«practicaba por los primeros fundadores de la Religión, los cuales imitaron «esto de los judíos, quienes constituian así á los jefes de sus sinagogas; mien- «tras los occidentales, exceptuadas quizá algunas iglesias, seguirian en la or- «denacion de sus ministros inferiores lo que cada dia veian practicar en las in- «vestiduras de los magistrados que los emperadores enviaban á gobernar sus «provincias, consistiendo toda la ceremonia en entregarles las insignias exte- «riores de la dignidad de que se les investía. Así Trajano, segun Dion, estable- «ciendo un prefecto del pretorio le decia: Recibe esta espada que esgrimirás «por mí si mando conforme debo, ó que volverás contra mí si abuso de mi po- «der. En caso de ausencia de los sujetos á quienes se conferia la magistratura, «no pudiéndoseles poner en la mano los símbolos de su nueva autoridad, se les «enviaba en cambio unos codicilos que sobre la fórmula de la institucion y de «las bases por que debian regirse en su gobierno, contenian una imagen de las «insignias y símbolos del poder y dignidad que recibian, las cuales ó llevaban «encima, ó hacian llevar delante de sí por los lictores, como las hachas y ha- «ces de varillas de que iban precedidos los cónsules, pretores y otros oficiales «cuando parecian en público. Que las insignias del poder de los magistrados «estuviesen pintadas en los codicilos de su nombramiento, aparece claramente «en las Novelas de Justiniano.» (Novel. 24, 25, 26).—La *Noticia del Imperio*, publicada por el sabio Pancycrole, representa al pormenor los varios símbolos que distinguian á los magistrados, unos de otros. Es creible, pues, que á imitacion de lo que sobre esto sucedia se creasen en las mas de las iglesias de Occidente hasta los ínfimos oficiales del ministerio eclesiástico, poniéndoles en la mano, como emblemas de su nuevo empleo, los objetos de que debian servirse en él, advirtiéndoles además la manera cómo habian de conducirse en su empeño.